

EXEGESIS
ARQUEO-ARQUITECTONICA
ATACAMEÑA*

ANTONIO DAHER

ABSTRACT

The architectural and urban interpretation-explanation of sites and ruins that could pertain to centuries or even millennia preceding the Christian era raises the problem of the transition and difficult distinction between housing and village, family and community, even between architecture and urbanism.

A proposal of an interdisciplinary (archeo-architectural) approach is included in this paper as an important tool for the description, exploration, prediction, simulation, restoring or reconstruction of the archeological habitat inheritance, in this case of the Atacama region of Chile, in its urban and architectural expressions.

La arquitectura "antigua", siendo objeto de estudio de la arqueología, lo es ciertamente también de la arquitectura en su acepción más amplia.

Con métodos y objetivos diversos, ambas disciplinas pueden apoyarse y enriquecerse mutuamente en el estudio de una realidad cuyos vestigios sólo son inteligibles, o lo son más plenamente, desde una perspectiva de trabajo interdisciplinario.

El patrimonio arqueo-arquitectónico local —con vestigios fechados siglos e incluso milenios antes de la era cristiana— se ha constituido hace recién algunas décadas en materia de investigación sistemática de la arqueología y, más tardíamente y en menor grado, de la arquitectura.

Los objetos arquitectónicos —asentamientos, fortalezas, viviendas, santuarios...—, que se consideran "datos" para el arqueólogo, requieren de una imaginativa y a la vez rigurosa exégesis morfológica, funcional, semiológica, locacional, constructiva, etc., la cual, mediante procesos de análisis y síntesis y métodos de inducción y deducción, dé cuenta, a partir de los antecedentes arqueológicos, de la "lógica de la arquitectura" más o menos explícita o implícita en los sitios o ruinas.

La exégesis o explicación-interpretación arquitectónica, en tanto "lectura" especializada desde una disciplina distinta de la arqueología de los vestigios

* Investigación patrocinada por la Dirección de Investigación de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

de arquitectura, se plantea entonces como un requisito necesario e insustituible en el estudio de tales "datos" arqueológicos.

Este tipo de investigación puede significar un aporte de valor tanto para la arqueología como para la propia arquitectura, puesto que, además de explicar la ruina, la exégesis permite, reconstituyendo la lógica de esa arquitectura, plantear hipótesis predictivas que guíen la exploración y excavaciones arqueológicas a partir de vestigios inconclusos y de analogías tipológicas. En fin, la exégesis arquitectónica permitirá, considerando los estudios ya descritos y mediante una planimetría exhaustiva, restaurar obras arquitectónicas o reconstruirlas atendiendo obviamente también las técnicas constructivas de la época y los materiales propios del lugar.

En síntesis, la exégesis arqueo-arquitectónica que aquí se postula es una aproximación metodológica para describir y explicar, explorar, predecir y simular, restaurar o reconstruir el patrimonio arqueológico —en este caso, atacameño— en sus expresiones urbanas y arquitectónicas.

En los párrafos siguientes se delinearé una proposición de elementos de lectura de la arqueo-arquitectura en relación a la información que ella contiene —y que la exégesis puede develar— sobre el medio natural original, la organización familiar, comunitaria y social, la estructura económica, el dominio técnico, la semiótica y otras expresiones culturales.

Asimismo, la exégesis contemplará necesariamente, por una parte, diversas escalas de análisis, desde la arquitectura del territorio hasta las unidades de habitación, pasando por la arquitectura "urbana"; por otro lado, el método exegético deberá atender la evolución arqueo-arquitectónica y los cambios que ella conlleve como expresión y prueba del comportamiento histórico de las variables relacionadas dialécticamente a la arquitectura o que están en su origen como factores de causalidad.

La investigación a diversas escalas —sistema de centro de poblamiento, microlocalización y espacialidad intramuros de cada asentamiento y unidades arquitectónicas básicas— hace posible definir y comprender un área geocultural y permite una exégesis más plena por la vía del análisis comparado y la inteligibilidad de conjunto.

La investigación de la evolución de la arqueo-arquitectura —en las escalas antes señaladas— hace dinámica la lectura del "dato" u objeto arqueológico, conduciendo de los "hechos" a los "procesos" que los originan, explican y relacionan en el tiempo. En esta oportunidad el análisis comparado y la inteligibilidad de conjunto apuntan a una época o estadio de desarrollo y a la contrastación entre estadios diferentes, estando unos y otros y su evolución codificados en la propia arquitectura.

El escenario geográfico y el horizonte temporal, relacionados en una matriz de "datos" arquitectónicos comparados, facilitan la elaboración de tipologías de arquitectura del territorio, "urbana" y de edificios, las cuales, por su valor analítico y teleológico, se constituyen en un instrumento de alto interés para la exégesis del patrimonio arqueo-arquitectónico.

Ciertamente la labor de identificación, desagregación y agregación tipológica se complica con la intersección de áreas geoculturales coetáneas, con la sucesión de culturas varias en un mismo espacio geográfico, o simplemente con los procesos de difusión e intercambio cultural tanto más frecuentes cuanto

menor la fricción espacial y mayor el desarrollo cultural. El "mix" cultural, acusado ciertamente en las formas espaciales, debe atenderse tanto como la asincronía relativa entre los procesos históricos y los cambios de la arquitectura, dadas su propia inercia física y la presencia de ciertas invariantes.

ARQUEO-ARQUITECTURA, ESCENARIO

La relación entre el hombre y el entorno natural encuentra en el asentamiento, si no la única manifestación, tal vez una de las expresiones más ricas. En efecto, el asentamiento mismo, su patrón y los tipos arquitectónicos conforman un registro o un verdadero "banco de datos" capaces de constituirse en indicadores del diálogo hombre-naturaleza. La localización, el emplazamiento o implantación, la densidad, la forma y materiales y la propia métrica del asentamiento y su arquitectura se convierten, por separado y asociadamente, en información que permite inducir o deducir, hipotéticamente, la relación del hombre con su entorno natural.

Ciertamente del medio próximo se extrae habitualmente el material constructivo; al medio se responde con el material elaborado y conformado. La vinculación entre material y estructura, y entre ambos y la forma —más o menos mediatizada por el dominio técnico—, permite establecer modos de interacción entre el habitante y un paisaje geográfico que actúa a la vez como factor de potencial y restricción, y en uno y otro caso como condicionante de la vida humana.

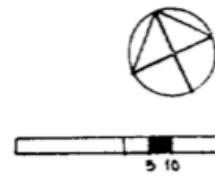
La arquitectura, como "mediadora" entre el hombre y el medio, queda entonces marcada por los recursos propios del entorno, a la vez que por la intencionalidad manifiesta o subyacente en ella frente a las condiciones naturales, en particular la topografía y el clima.

Esta cualidad de "mediadora" propia de la arquitectura, y que constituye una constante en el tiempo, es la que permite leer en ella tanto las determinantes naturales cuanto la "reacción" del hombre frente a aquéllas. Esta última denota el grado de conocimiento alcanzado frente a los fenómenos naturales y la capacidad técnica para enfrentados.

Así pues, la opción por una particular localización de un asentamiento en relación con los recursos naturales del lugar; la adecuación de la implantación en la microgeografía de tal localización; la orientación de los espacios abiertos y de las construcciones y sus vanos; la densidad física, el tamaño de los recintos y el espesor y material de muros y cubiertas en función del clima, etc., son algunos de los tantos indicadores de la interacción humana con la naturaleza a través de la arquitectura.

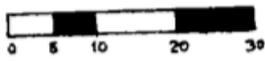
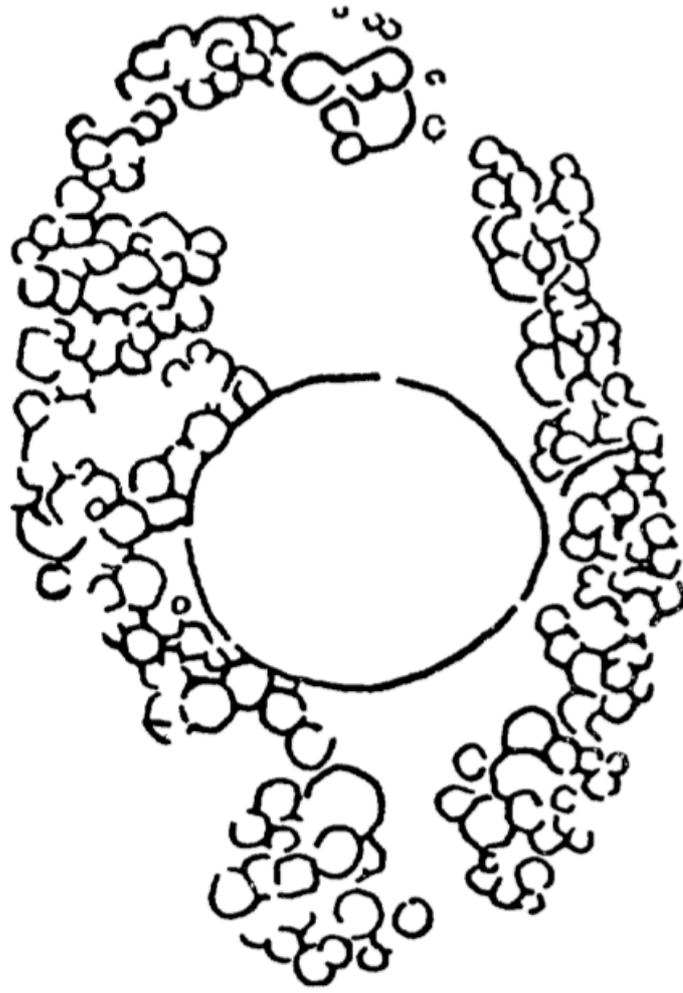
Si ésta es una fuente rica en información acerca del "know-how" arquitectónico y geográfico, es también en tanto tal una expresión que, contrastada con otros antecedentes arqueológicos, permite establecer el tipo de cultura en cuestión.

Por cierto que, a menor desarrollo cultural, tanto más directa y obvia es la información arquitectónica en función del medio. Asimismo, en un medio ambiente extremo, el diseño del hábitat es menos aleatorio, menos libre, más restrictivo: escasez de recursos, incluso constructivos, temperaturas extremas,



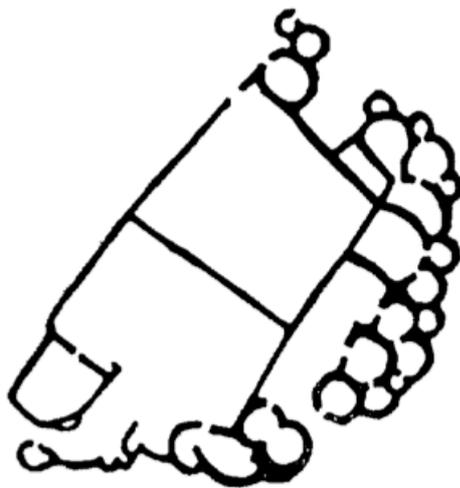
CASERONES

True (1980) 144



GUATACONDO

Meighan (1980) 100



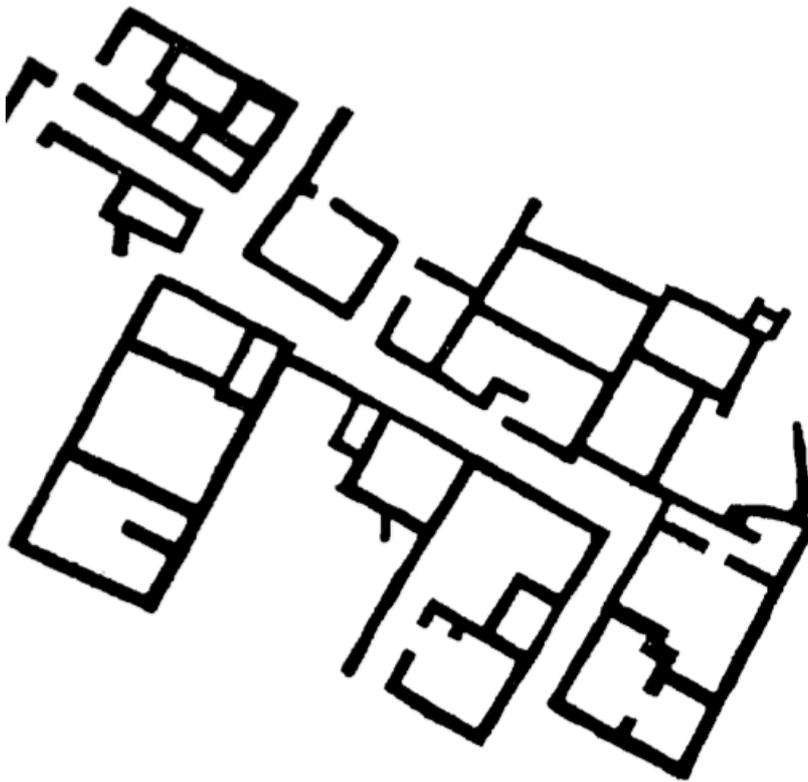
CALAR

Le Paige (1957-8) 124



TULOR

Barón (1986)



SOLOR 4

Le Paige (1964) 150

etc., marcan un tipo de asentamiento no-prescindible y a la vez más "económico", más austero y más "transparente" en su lectura. Se reducen las alternativas de localización, de materiales, de dimensiones, de formas... Una estrecha identidad se establece entre ecología y economía, tanto en general cuanto en el asentamiento y su arquitectura.

El entorno natural no sólo es el medio de vida en un sentido ecológico amplio. También lo es más estrictamente en su acepción económica. El asentamiento expresa entonces también el tipo de relación económica con el medio, mediatizada ciertamente por la organización social y el desarrollo de la técnica.

Siendo el asentamiento, por lo demás, directa o indirectamente un hecho o un resultado económico asociado a cierto grado de evolución social y técnica, el mismo asentamiento se constituye en sí en la base de una economía doméstica y luego de una economía "urbana". De efecto o producto económico, el asentamiento se convierte en instrumento o factor económico.

El medio, que provee los recursos para la vida en general y, técnica mediante, para la vida sedentaria en particular, queda registrado como causal y base económica en la localización, tamaño, jerarquía, forma y período de vida del asentamiento, entendido tanto como fenómeno global en un área o región cuanto en su dimensión puntual o local.

La recolección, la pesca o la caza, la industria lítica, textil o alfarera, la agricultura y la ganadería, son todas actividades económicas que, asociadas tal vez a distintos estadios de desarrollo y a diversos escenarios geográficos, marcan el fenómeno del asentamiento y quedan registradas en su arquitectura.

Esta misma, amén de hecho económico —producida ex profeso, mediante trabajo, como un bien de consumo durable o un medio de producción—, se revela como expresión de la tecnología, "archivándola" en las obras de provisión de agua, los almacenes de granos, las terrazas de cultivos y corrales, y ciertamente en la propia materialidad y construcción del asentamiento, incluyendo desde el dominio del dintel o el arco, la piedra canteada o determinado mortero, hasta el manejo operacional de la topografía o el simbólico de la geometría.

Un problema concurrente en un medio ambiente extremo dice relación con la alta sensibilidad o fragilidad de la base ecológico-económica de radicación de la vida humana, en combinación con las reacciones fisiológicas y psicológicas tanto a nivel individual como grupal.

El diseño del hábitat aparece así también como respuesta y registro de esta "ambientación" humana en áreas de escasa o precaria habitabilidad relativa o incluso originariamente anecúmenes.

Una forma particular de "ambientación", asociada más a cierto estadio de desarrollo pero persistente en otros, es la trashumancia. La economía en áreas extremas se liga a regímenes de radicación-itinerancia estacionales. Espacialmente, esto supone radios de acción migratoria, orígenes y destinos, rutas y, en fin, sistemas de asentamientos de características diversas y usos más o menos esporádicos. En otras palabras, la movilidad geográfica describe un cierto "coto de caza", un área geoeconómica y cultural.

Obviamente lo anterior implica que la lectura de la arquitectura de los sitios arqueológicos deberá consultar la estacionalidad y especificidad de su uso, sobre todo en relación a los factores climáticos y ciertas variaciones en

la base económica por temporalidad. Sin embargo, la inteligibilidad de cada sitio o de un conjunto parcial —por ejemplo, en un piso altitudinal— no podrá satisfacerse plenamente sino incorporando el total del área de trashumancia.

Con todo, tal vez uno de los datos más interesantes susceptibles de revelarse o confirmarse a través de la arquitectura —y al mismo tiempo una de las dificultades a resolver en la exégesis— sea el correspondiente al ecosistema vigente durante el período de vida del asentamiento. Precisamente la deshabitación —la condición de ruina “abiótica”— suele originarse en evoluciones o catástrofes ecológicas, conservando la arqueo-arquitectura su cualidad de archivo indescifrable en el contexto de un ecosistema actual, pero elocuente en su capacidad de recrear otro arcaico a la manera de un fósil de factura humana.

Sorprende en cierta medida constatar que la cultura atacameña y otras contiguas o conexas tengan por cuna una verdadera "región de los salares", presente en las vertientes oriental y occidental de los Andes, en la pampa y el altiplano, desde la latitud de las quebradas de Arica al primer valle transversal en Copiapó, conteniendo el desierto más seco del mundo. ¿Acaso el escenario geográfico de hoy no debe retrotraerse al de ayer, con otros recursos naturales —sobre todo aquellos de tipo renovable y con movilidad espacial—, con otra hidrografía, otro clima, otra flora y fauna, otros materiales...? Glaciaciones, desertificación, cordilleras emergentes y demás metamorfosis seculares descolocan los vestigios arquitectónicos, dejándolos en localizaciones sin agua, en riberas que se han encogido, en medio de salares, con troncos de árboles de un bosque inexistente en sus construcciones, y corrales de una ganadería de la que no queda ni la especie ni la pradera, tal vez si un textil o un grabado...

La arqueoarquitectura permanece, en cambio, deteriorada o mutilada, como una ruina de apariencia ilógica en una escenografía mutante, capaz sin embargo de testificar sobre el ecosistema que le dio vida, sobre el agua, los valles y los bosques desaparecidos, constituyéndose así ella misma en una suerte de estratigrafía o de código ambiental que advierte sobre el sesgo equívoco de asociar el entorno de hoy a la interpretación del hábitat y la arquitectura de ayer.

ARQUEO-ARQUITECTURA, AUTORES Y ACTORES

Si el hábitat artificial puede develar el hábitat natural —tal como un efecto acusa una de sus causas—, también ese mismo hábitat construido permite reconocer la huella de sus constructores, denotando así, amén de las determinantes naturales, aquellas de tipo social.

De hecho, el asentamiento es un producto social. El origen del fenómeno de la radicación, como se sabe, se explica en relación a un cierto grado de desarrollo social. Y en la factura de esa "res publica" que es el asentamiento participa un hombre de naturaleza gregaria, una cierta comunidad —familia, tribu, "gens", clan— y no poco frecuentemente varias generaciones y a veces varias culturas distintas.

Una exégesis del asentamiento permite hipotetizar y verificar en su arquitectura la organización comunitaria y familiar de sus habitantes. El tamaño

y complejidad de la estructura espacial de la ruina se asocian fuertemente con el grado de desarrollo, permitiendo reconocer la organización civil, eclesial y militar, la magnitud y variedad de la estratificación social y la diversificación funcional y laboral.

El tamaño de los recintos, su localización intramuros del asentamiento, la calidad arquitectónica e incluso constructiva de los mismos permiten reconocer jerarquías comunitarias, "barrios" socialmente segregados, "zoning" funcional, e incluso la presencia del intercambio comercial y del propio aparato estatal como indicadores de evolución social plasmados en la arquitectura.

Por otra parte, la variedad de tramas, densidades físicas, formas de agrupación o "clusters", y la generalización o exclusividad de ciertas tipologías arquitectónicas, terminan por completar un cuadro que morfológicamente reproduce socialmente a sus autores.

La estructura familiar —por ejemplo, familia extensiva— queda a su vez "edificada" en las unidades de habitación, en cuya arquitectura es posible leer o interpretar el número de sus miembros, la jerarquía y roles internos —matriarcal o patriarcal—, los grados de privacidad o promiscuidad, las relaciones interfamiliares, los actos y ritos domésticos ...

Demográficamente, no es difícil estimar, de acuerdo al tamaño del asentamiento y al número y tipo de recintos, la población albergada en él. Más aún, considerando lo señalado párrafos atrás, el cálculo demográfico puede incluso estratificarse socialmente.

Así pues, una exégesis arquitectónica hace posible en este caso una lectura sociológica; ésta, complementada con la ecológica —y con otras presentadas más adelante—, simulará una verdadera "rehabilitación" de la ruina, haciendo de una forma aparentemente vana, demasiado hermética o demasiado obvia, una fuente generosa para la arqueología y una clave ancestral para la arquitectura de hoy.

Pues bien, descifrar más plenamente esta clave supone una vez más explorar el área geocultural y la evolución histórica en que se insertan los vestigios arqueo-arquitectónicos y, en este caso, su contenido y significado social.

Tal como discernir la relación con el medio natural supone una exégesis tanto de la materialidad de la cubierta de una habitación como de la distribución geográfica de los diversos asentamientos —de modo de, en este último caso, constatar el dominio de un área, los fenómenos de trashumancia, etc.—, también cuando interesa la exégesis social de la arquitectura debe recorrerse desde la escala doméstica hasta la jurisdicción de un señorío o las fronteras de imperios.

El tamaño geográfico de un cierto dominio sociocultural; la cantidad y diversidad de asentamientos en el área; las variaciones en los roles funcionales —religiosos, políticos, militares, productivos— de los centros; las jerarquías e interdependencias entre asentamientos más o menos próximos, en fin, son todas variables constatables en la arquitectura del territorio, de las ciudades, aldeas y viviendas, que avalan conclusiones sociológicas tales como el grado de desarrollo político, el nivel de diversificación social y laboral, la autosubsistencia o el intercambio como estadios evolutivos, las manifestaciones de religiosidad más o menos desarrolladas ...

Si bien toda la exégesis propuesta no hace sino reconocer en la arquitectura un signo cuyo contenido o significado es desentrañable, merece especialísima atención la semiótica intencionada o deliberada plasmada en la arqueoarquitectura. No se trata esta vez de la huella dactilar involuntaria, sino de los signos-símbolos conscientes y expresamente construidos.

Aunque las más de las veces estas manifestaciones socioculturales dicen relación con lo sobrenatural, lo cósmico, el poder religioso o el político, y suelen estar muy explícitas en la arquitectura —santuarios de altura, centros administrativos—, otras veces la semiótica es menos evidente, más hermética, y debe develarse en la geometría o en la orientación solar, e interpretarse agregada y desagregadamente, forma por forma, del recinto al edificio, de la planta urbana a la lectura litúrgica del territorio.

Si el cadáver arquitectónico de la ciudad es posible de ser resucitado y rehabilitado exegeticamente, la ciudad de los muertos constituye un registro adicional y complementario para mejor entender semiológica y sociológicamente el patrimonio arqueoarquitectónico. ¿Dónde se localiza el hábitat de los muertos?, ¿dentro o fuera del asentamiento, en uno o más lugares?, ¿bajo tierra, excavado, o sobre ella, edificado? La actitud frente a la propia naturaleza humana y a lo sobrenatural, la estratificación social, los conocimientos médicos y sanitarios, y muchas veces el ajuar doméstico completo —con su arte y su técnica—, quedan "enterrados" a la manera de "museos de sitio", en una vida eterna asaltada por el "huaquero", profanada por el bulldozer, explorada en biopsia por el científico.

La arquitectura, en su expresión más primaria mediadora entre el hombre y su entorno natural, acusa la naturaleza social del hombre y la complejidad creciente de sus organizaciones, adquiriendo así progresivamente el carácter y la función de mediadora social. Regulando, induciendo, inhibiendo, dosificando las relaciones interpersonales y sociales, sea en una vivienda, sea en un barrio o en la ciudad, la arquitectura se constituye en mediadora entre el hombre y su entorno social, por una parte, y entre grupos sociales, por otra.

Precisamente esta "función social" es la que, junto a la carga cultural y simbólica, hace de la arquitectura un "médium", cuyo mensaje multidimensional queda codificado en su materialidad y espacialidad, más allá del paso del tiempo.

En la arquitectura de la vivienda se puede descubrir el "programa" familiar o doméstico tal cual en la arquitectura del asentamiento es posible interpretar —como si se tratara de una partitura— el "programa colectivo" de su comunidad.

Este programa colectivo de la "arquitectura social" del asentamiento reproduce la factura anónimo-colectiva del mismo y, sin caer en un funcionalismo directo o absoluto, cuantifica y cualifica el contenido funcional de la ruina.

Esta a su vez, aparentemente instantánea, puede revelar la asincronía entre los cambios sociales y los espaciales, por una parte, y por otra testimoniar la propia expansión y evolución del asentamiento y su arquitectura, resumiendo en ella una dinámica secular.

Dicho de otra forma, si se acepta que el asentamiento, en tanto variable dependiente, permite más o menos directamente entreleer sus causas natu-

rales, sociales y económicas, debe aceptarse igualmente que la evolución del asentamiento es un indicador, aunque no mecánico, de cambio en esos factores determinantes.

Ciertamente algunos factores causales podrán modificarse más que otros, y los cambios de unos interactúan con los demás. El asentamiento, como expresión sintética de los fenómenos naturales y sociales, mostrará y demostrará en su núcleo fundacional, en su expansión y extinción, en la variación de su morfología, materiales y técnicas constructivas, las metamorfosis físicas y humanas.

En efecto, la comparación analítica y tipológica de las arquitecturas de áreas geográficas similares, aunque culturalmente distintas, permitiría reconocer ciertas constantes que cabría testear como respuestas arquetípicas o prototípicas. Un ejercicio similar, aunque metodológicamente más complejo, haría posible identificar arquetipos arquitectónicos de raíz biofisiológica y social.

Si algunas constantes arquitectónicas pueden referir a ciertos parámetros, las más de las veces en relación a la "naturaleza" —incluso humana—, las variaciones suelen relacionarse más a factores socioculturales. Los propios tipos funcionales de asentamientos, tales como talleres-caneras, pukaras, ayllus, tambos y tarabillas, santuarios, etc., refieren precisamente a estadios culturales en los cuales florece la industria lítica, o se origina la guerra masiva, o se desarrollan cooperativas agrícolas, o surge el intercambio comercial y el expansionismo imperial, o el clero adquiere autonomía y expresión propias.

En otras palabras, la diversidad de roles y tipos funcionales —asociados a localizaciones, emplazamientos y arquitecturas específicas—, además de contribuir a la identificación de tipologías de asentamientos, conduce, precisamente por la existencia de unas u otras de estas últimas, a identificar grados de especialización y división laboral, de organización civil, de intercambio comercial; en síntesis, los tipos funcionales y sus correspondientes tipos arquitectónicos remiten al medio cultural que los produjo. La exégesis una vez más, antes que requerir la información antropológica o sociológica como condición "sine qua non" para entender la arquitectura, extrae más bien de esta última esa información o al menos hipotetiza en algunos casos acerca de ella y en otros se constituye en una prueba empírica.

Sin embargo, si bien en muchos casos es posible, sobre todo en los estadios más primitivos, detectar tipos culturales más o menos puros, en otros, concurrentemente con un mayor desarrollo, las formas culturales no sólo acusan influencias de origen, sino además de interacciones múltiples de carácter coetáneo —derivadas del comercio y la guerra principalmente—, todo lo cual se traduce y expresa en arquitecturas más híbridas.

Esta suerte de "contaminación cultural", más posible en ciertos medios geográficos y creciente con el desarrollo de los pueblos, se expresaría en la expansión y sobreposición de las áreas culturales y, en consecuencia, en una creciente mixtura entre los tipos locales vernaculares y los foráneos. La arquitectura, sensible a este fenómeno y expresión del mismo, petrificaría una vez más la historia para la posteridad,

Si el asentamiento, como hecho local y patrón areal-regional, constituye en su arquitectura un "dato" arqueológico fundamental —para reeditar la cultura del "locus" en sus dimensiones sociales, económicas, políticas, religiosas—, entonces, por la vía análogo-tipológica, la exégesis, asociando asentamientos y

culturas y más aún identificando culturas en y por las formas del asentamiento, hace de la arquitectura y su análisis una variable cronométrica y un método plurivariado de fechación.

Si la arqueología encuentra en la cerámica una pista etaria —según la forma, color, pulido, etc.—, la arquitectura, ciertamente más compleja, puede metafórica y prácticamente asimilarse a una suerte de radiocarbono 14 cualitativo, complementando y enriqueciendo la cronocromocerámica convencional.

Más aún, resulta obvia una hipótesis de correlación entre la técnica alfarera y la edificatoria, entre los materiales, las formas y los significados de las cerámicas con los de las arquitecturas. La habilidad técnica, el oficio, las geometrías y la poesía de unas y otras no sólo provienen de una misma cultura, acaso también fueron moldeadas por las mismas manos.

Ahora bien, si la exégesis de los sitios y vestigios arqueológicos además de identificar tipos arquitectónicos los relaciona con tipologías ambientales y socioeconómicas permitiendo, en definitiva, rehabilitar la ruina, revivir una forma de vida y reconstruir una cultura, la misma exégesis, por la vía de la evolución de los tipos arquitectónicos, dinamiza la lectura cultural y, atendiendo las regularidades empíricas y las proyecciones tendenciales observadas en esas tipologías, potencia una predicción de la arquitectura futura.

Fechando el pasado y anticipando el porvenir, actuando retrospectiva y prospectivamente, enraizándose en el ayer para indagar el código genético del mañana, la exégesis tipológicamente se perfila como un instrumento de valor estocástico o probabilístico capaz de prefigurar los cambios de la arquitectura del territorio, urbana o doméstica al variar algunas de las dimensiones paramétricas del entorno natural o social relacionadas a los tipos arquitectónicos en cuestión.

De resultado analítico, el tipo se transforma en instrumento operacional; de abstracción teórica se proyecta en acción práctica. Si el puro formalismo tipológico puede conducir a un vano formalismo arquitectónico, o la desagregación tipológica a reglas compositivas academicistas, la relación de las tipologías arquitectónicas con las variables que generan o condicionan la arquitectura permite superar la tentación formalista o el sesgo positivista de una predicción tipológica puramente tendencial.

Superar la sola taxonomía descriptiva —la sola observación empírica— haciendo de ella una antesala a la explicación es condición básica para hacer de la exégesis tipológica, más que un instrumento de combinatorias, uno de creación; más que un predictor de tendencias, un verdadero y útil instrumento de planificación, en donde el ser positivo y el deber ser normativo, lejos de contradecirse, adquieren unidad.

Tipología y teleología, hacia adelante; tipología y arqueología, hacia atrás. El potencial teleológico del análisis tipológico, aplicado en la arqueología, permite predecir la exploración, guiar la excavación, fundamentar la restauración. Reconstituyendo los escenarios asociados a determinados tipos arquitectónicos, observando el entorno paraarquitectónico, y recomponiendo la lógica de la arquitectura a partir de ruinas y vestigios, la exégesis tipológica puede inferir y descubrir localizaciones y sitios arqueológicos; predecir la forma subterránea parcialmente emergente; reconstruir o restaurar la ruina.

Con todo, cuando los vestigios de un área como la atacameña remontan la investigación a los orígenes mismos del fenómeno del asentamiento, y a las

formas más primarias de las manifestaciones arquitectónicas más primitivas, las observaciones tipológicas remontan a su vez a los arquetipos y paradigmas de la arquitectura universal, tanto en su morfología "elemental" cuanto en las derivaciones y variaciones geográficas y en su evolución histórica.

La ortogonalidad versus la circularidad, tanto en la arquitectura como en la forma urbana, presentes ambas en tipos puros y mixtos en el área atacameña, sin predominio relativo en función del material, la geomorfología, el microclima, la actividad, la cultura o la época, constituyen expresiones y opciones cuya explicación continúa no siendo concluyente. ¿Es un tipo previo al otro, una geometría más "connatural" u "orgánica" y otra más abstracta, más intelectual? ¿Acaso se puede sostener la defensa de una interpretación estructural asociada a principios autosoportantes o a la ductibilidad de los materiales? ¿Hay en una u otra tipología una mayor adecuación funcional o tal vez cierta economía constructiva? ¿Es el círculo símbolo matriarcal ligado al hogar, a la alfarería, a la agricultura, y en general al trabajo de la mujer? Muchas preguntas, hipótesis varias, factores concurrentes, en fin, respuestas aún no satisfactorias para la arqueología o la arquitectura.

Elocuentes pero indescifrables, evidentes pero misteriosos, dispersos y de distintas generaciones aunque unidos por un parentesco persistente, ahí están los signos básicos de una escritura arquitectónica en Socaire, unas sílabas en Vilama, unas palabras en Tilocalar, unas frases en Calarcoco, Alto de Labra, Hatchar o Calar, un poema enmudecido en Tumor y una epopeya en Guatacondo. En todos ellos, el círculo, una y otra vez, en tierra o en piedra, en el recinto minúsculo y en la macroescala; el círculo, aislado, adosado, intersectado, ovalado, cubierto o abierto; el círculo, cilíndrico o cónico, ataludado o cóncavo, puro o colisionado con una ortogonalidad agigantada, o tal vez dialogante en un entretramado complejo de ambas geometrías... para contrastar en seguida, como presagiando la extinción progresiva de esta especie tipológica en la arquitectura, con un mondrianesco Solor, una megaestructura cubista en Caserones o la ortogonalidad inca de Catarpe que parece anunciar y preparar la transición a las rectilíneas leyes de Indias.

En ambas geometrías, sin embargo, en la arquitectura y el urbanismo circular u ortogonal, ya sea en una aldea o un pukara, tanto en un asentamiento con un centro formal como sin él, una común, evidente y persistente aglomeración de recintos grandes y pequeños, abiertos o cerrados, de circulaciones domésticas o públicas, evoca una altísima densidad, un hacinamiento tal vez laberíntico y promiscuo a los ojos de hoy, donde no pareciera haber límite formal o funcional entre la comunidad y la familia, y donde en todo caso el habitante de la unidad y del conjunto parece ser siempre el colectivo antes que el individuo.

Si cualquier densidad es siempre un antecedente relevante, una densidad alta en un medio desértico resulta particularmente interesante. ¿Se asocia acaso a la construcción de un microclima artificial de mayor inercia térmica frente a las marcadas oscilaciones diarias? ¿Se relaciona esta densidad con una economía constructiva basada por una parte en el pareo y por otra en la reconstrucción y renovación "in situ" con los mismos materiales preexistentes, casa sobre casa, ciudad sobre ciudad? ¿Es la aglomeración consecuencia de un territorio acotado por los requerimientos de defensa o por una intención de constituir una interioridad fuerte frente a un exterior dominante? ¿O tal vez la alta densidad es también la expresión de una organización comunitaria

basada en la familia extensiva, que hace difícil y tal vez equivoco intentar distinguir entre vivienda y aldea, entre familia y comunidad, entre casa y ciudad, e incluso entre arquitectura y urbanismo?

Porque la aglomeración, la fusión de lo privado y lo público y la ausencia de jerarquías espaciales, propias de una identidad familia-comunidad, estarían indicando no sólo un estadio del desarrollo social, sino también una fase de la evolución del hábitat construido. La "casa-pueblo" ligada a un clan, tribu o gens, con lazos de consanguinidad y parentesco y una economía comunitaria, tal vez sea la clave para precisar el paso de la casa a la ciudad, para descifrar mejor el origen histórico y la génesis morfológica de la ciudad, y quizá también sea el eslabón para reconstituir la unidad perdida entre urbanismo y arquitectura.

REFERENCIAS DE PLANOS

- BARON, A. M. (1986): "Estudio de un ecosistema en una aldea arqueológica en San Pedro de Atacama". *Actas II Encuentro Científico sobre el Medio Ambiente*. U. Católica, Talca.
- LE PAIGE, G. (1937-8): "Antiguas culturas atacameñas de la cordillera chilena". *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso*, N°s 4-5.
- LE PAIGE, G. (1964): "El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del período agroalfarero de San Pedro de Atacama". *Anales de la Universidad del Norte*, N° 3.
- MEIGHAN, C. W. (1980) "Archaeology of Guatacondo, Chile", *Monumenta Archaeology* 7. The University of California, Los Angeles.
- TRUE, D. L. (1980): "Archaeological Investigations in Northern Chile: Caserones". *Monumenta Archaeology* 7. The University of California, Los Angeles.